

el día 29 de abril de 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fué conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de S. Eustorgio, titular del convento de Predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los Santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual espidió el decreto de su canonizacion. Elevóse el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos dias espuesto á la pública veneracion, fué colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capítulo general de los Dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas magnífico que el primero, dentro de una capilla baja; y en fin, el año de 1651 hicieron los padres Dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magníficas de la iglesia.

SAN ROBERTO.

NACIÓ S. Roberto en Champaña por los años de 1018. Sus padres Teodorico y Ermegarda no eran menos ilustres en sangre que en virtud, y le criaron, é instruyeron en piedad, y en doctrina. A la edad de quince años se hizo monge benedictino de la abadía de Montier-la-Celle, donde hizo tales progresos en la perfeccion, que sin embargo de ser uno de los mas jóvenes de la casa, fué nombrado prior, y á poco tiempo electo abad de san Miguel de Tonnerre. Pero viendo que los monges de aquella casa no se hallaban dispuestos á favorecer sus intenciones y fatigas, para establecer una disciplina mas arreglada entre ellos, antes bien estaban inclinados á mantener una conducta obstinada en un espíritu de contradiccion á todas sus disposiciones, les dejó con la ocasion siguiente. Habia en aquel tiempo en un desierto contiguo, llamado Colan, ciertos anacoretas, que no teniendo á la sazón ningun superior regular entre ellos, le suplicaron que tomase á su cargo este oficio, aunque penoso. Vencidos algunos estorbos al fin les cumplió su gusto, y fué recibido por ellos como otro Moisés, para que les condujese por los desiertos de este mundo á la celestial Canaan. Viendo la enfermiza y ocasionada situacion de Colan, les pasó Roberto de aquel sitio al bosque ó floresta de Molesme, donde edificaron para su uso unas estrechas celdas ó habitaciones hechas de ramas de árboles, y un

pequeño oratorio en honor de la Santísima Trinidad, en el año todo esto de 1075. Conocida de muchos la pobreza de estos religiosos, y la austeridad de su modo de vida, varias personas de calidad de aquellos contornos, animadas con el ejemplo del obispo de Troyes, trataron de suministrarles á porfia todo lo necesario: lo cual fué introduciendo gradualmente tal plenitud y abundancia, que fué ocasion de incurrir en una relajacion y una tibieza grande; de tal modo que habiendo probado en vano el buen Roberto cuantos medios le fueron posibles para reducirles á una regular observancia de su profesion, tuvo por bien el dejarles, y retirarse á un desierto llamado Hauz, donde vivian algunos religiosos con gran sencillez y fervor. Entre éstos trabajaba para mantenerse, y empleaba todo el tiempo que le era posible en oracion y meditacion; y viendo estos mismos religiosos su vida edificante le eligieron para superior suyo, y por su abad. Pero considerando los monges de Molesme, que nada les sucedia prósperamente desde la ausencia del Santo, consiguieron del papa, y del obispo de Langres una orden, para que se volviese á su abadía, en suposicion de las promesas que hicieron de que les encóntraria Roberto perfectamente sumisos á su direccion y preceptos. En efecto volvió á su antiguo monasterio. Pero como las miras que aquellos monges habian tenido para el regreso de su abad habian sido enteramente temporales, no pudieron producir mudanza alguna en todo aquel primer año. No obstante algunos de ellos que consideraron no ser sus vidas conformes á lo que prescribia la regla de S. Benito, que se leia diariamente en sus capítulos, llegaron á desear una reforma, que los demás ridiculizaban. Con todo esto los mas zelosos, que tenian por imposible cumplir fielmente con sus obligaciones en compañía de los que no querian ser reformados, encomendaron el asunto á Dios en sus fervorosas oraciones; y despues se dirigieron á Roberto, pidiéndole su licencia para retirarse á algun lugar solitario para poder desempeñar las obligaciones que tenian prometidas, y á que se habian obligado por sus votos. Prometióles Roberto hacerles compañía, y se fué con seis de estos mas fervorosos á Leon, donde el arzobispo Hugon, legado del papa, les concedió letras patentes para el efecto: en cuyo proyecto no solo les aconsejó, sino que les impuso por precepto que dejasen á Molesme, y que insistiesen en su santa resolucion de vivir conforme á la regla de S. Benito. Vueltos en efecto á Molesme se juntaron con los demás zelosos del proyecto, y marcharon veinte y uno en número á establecerse en un sitio llamado Cistercium, ó Cisteaux, bosque inhabitado, cubierto de ramaje y de cambrones, regado de un pequeño rio,

y cinco leguas distante de Dijon, en la diócesis de Chalons. Aquí principiaron estos religiosos á mantenerse de yerbas y raíces, y edificaron para su defensa unas celdas, ó chozas de madera con licencia de Gualtero, obispo de Chalons, y de un tal Reynaldos, vizconde de Beaume, señor de aquel territorio. Estableciéronse allí el mismo dia de S. Benito, 21 de marzo del año de 1098 : desde cuya época se data el origen del orden Cisterciense. Persuadido el arzobispo de Leon á que allí no podrian subsistir sin la ayuda de las personas poderosas, escribió en favor de ellos á Eudes, duque de Borgoña. Este principe concluyó á su costa el edificio, que de su monasterio habian ya principiado, les suministró por mucho tiempo todo lo necesario, y les dió muchas tierras y ganados. El obispo de Chalons revistió á Roberto de la dignidad de abad, erigiendo en abadía aquel nuevo monasterio. La primera regla establecida por S. Roberto en Cisteaux concedia á los monges cuatro horas de sueño cada noche, y cuatro para cantar las alabanzas divinas en el coro : cuatro horas fueron tambien señaladas para trabajar de dia en la labor de manos, y esto por la mañana : despues de la cual leian los monges hasta la nona. Su comida era de raíces y de yerbas.

En el año siguiente, que se contaba el de 1099, enviaron los monges de Molesme sus diputados á Roma, solicitando una orden, para que volviese á su casa primitiva el abad Roberto, alegando que habia padecido mucho con su ausencia la observancia religiosa : y que dependia de su presencia tanto la prosperidad de su casa, como la seguridad de sus conciencias : asegurando á su Santidad, que harian todo lo que estuyese de parte de ellos, para que no volviese á tener razon para quejarse. Urbano II en efecto escribió al arzobispo de Leon, diciéndole que hiciese volver á Roberto á Molesme, si le parecia conveniente. El legado envió sus órdenes para el efecto, que obedeció Roberto sin dilacion, remitiendo el cayado pastoral por lo respectivo á Cisteaux al obispo de Chalons, quien le absolvió de la obediencia que le habia prometido. Fue de nuevo instalado, ó aposesionado en la dignidad antigua abacial por el obispo de Langres, y en efecto gobernó el monasterio de Molesme hasta su dichosa muerte, acaecida no en 1100, como imaginó Martenne, sino en 1110 ; porque en este último año reconcilió á dos abades, que le habian elegido árbitro imparcial en una discordia, como puede verse en Mabillon. (*An. l. 71. n. 99.*) La antigua Crónica de Molesme dice que Roberto nació en el año de 1018, y que murió en el de 1110 : por consiguiente vivió noventa y dos, ó noventa y tres años, sobreviviendo á S. Alberico, que habia muerto en 1109. Por las pruebas de muchos

milagros obrados en su tumba le puso Honorio III en el catálogo de los Santos ; y Martenne ha publicado la relacion de varios de estos, cuya informacion se habia hecho por orden del papa, en el t. i. p. 904 de sus Anécdotas. De su canonizacion hace mencion Manriquez, *Annal. Cister. ad an. 1222.* Pagi, el jóven, en la vida de Honorio III de su epist. 132. l. 6. y Benedicto XIV de canoniz. l. i. c. 9. n. 9. p. 73.

La misa es en honra de S. Pedro mártir, y la oracion la que sigue :

Suplicámoste, Señor, nos que por dilatar la misma fe concedas gracia para imitar con mereció conseguir la palma de la debida devocion la fe de tu martirio. Por nuestro Señor J. bienaventurado mártir Pedro, sucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 2 y 3 de la segunda del apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, y la misma que el dia XXIII, pág. 374.

REFLEXIONES.

Que una virtud falsa, fingida y aparente irrite la cólera de todos, y escite contra ella la indignacion universal, no hay cosa mas justa ; porque los hipócritas son objeto del odio de Dios, y ejercicio de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacerlos ereibles la esperiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon : *Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.*

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su prudencia ; por mas bello, por mas alegre, por mas fino, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero, desdenoso, molesto, porque no es la razon la que pinta á los libertinos la virtud, sino su corazon estragado y corrompido. De aquí nace aquel desenfreno tan general contra la virtud cristiana : mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está espuesta la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna critica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las

personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion, y de aquí proviene aquella antipatia tan universal, que es la verdadera causa de la persecucion que padecen: *Persecutionem patientur.*

Los impíos persiguen á la virtud por odio, los indevotos por venganza, los indiferentes por emulacion, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. ¿Pero de cuando acá es delito el no ser uno tan malo ó peor que otro? Hasta aquí habiamos oido, aun á los mismos gentiles, que el nombre solo de cristiano hacia concebir el ejercicio y la práctica de todas las virtudes, siendo él solo la mejor apologia. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres, y una vida arreglada á las máximas del Evangelio?

Asombro es que entre hombres que todos profesan una misma religion se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados críticos. Una dama que se reforma, es una muda pero insufrible censura de otras ciento, que conocen muy bien tienen mas necesidad de reformarse que ella; pero las falta la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos ejemplos de una señorita regular son otras tantas reprensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que á vista de su ejemplo conocen la indispensable necesidad que tienen de imitarle. Siéntese no sé qué secreta desazon y enfado de que los que antes no eran mejores que nosotros hayan abierto los ojos, y comiencen á tener juicio; hácese cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos, por medio de zumbas insulsas, y tal vez de molestas importunaciones. Pero como el interior de la conciencia rara vez se engaña, ni nos engaña, crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que avinagra á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mujeres locas y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, porque irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, satirízase á los buenos, porque los malos quisieran persuadirse á que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa, y autorizar de este modo el desorden de sus costumbres.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan, y el mismo que el día XIV, pág. 229.

MEDITACION

De la fe.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. ¿Pero piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿hallaria mucha si viniera á juzgar el día de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; ¿pero entre ellos hay tambien muchos verdaderos fieles? ¿ó son propiamente fieles todos los cristianos? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corrigiendo las costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires; que pobló los desiertos con un casi infinito número de solitarios; ¿esta fe, digo, vive verdaderamente en mí? ¿mis máximas, mis costumbres, mi conducta dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria á que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fué el sol criado para alumbrar, ni el fuego para arder, mas que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Están contados todos nuestros días, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de ellos en la estrecha obligacion que tenemos de servirle y de amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas animosas, todo es bagatela, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religion; esta es la basa sobre que estriba todo el edificio del cristiano; conviene á saber, el persuadirnos y creer firmemente, que ningun otro objeto nos puede hacer felices sino la posesion de solo Dios; que esta es la que únicamente puede satisfacernos aquella vehemente ansia que tenemos de serlo; que hablando en rigor y en propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero sino solo Dios; y que el único medio de poseerle es vivir segun las máximas del Evangelio; finalmente, que si Dios no fuere nuestra suprema fe-

licidad, de necesidad ha de ser nuestra suprema desdicha.

Creemos que el pecado es el supremo mal del hombre, ó por mejor decir, que es el único verdadero mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de costar el salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que despues de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno, y creemos que la espantosa infinidad, la eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio de las verdades mas esenciales que creemos; esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente; esto es, mi Dios, lo que yo creo. ¿Pero cómo se compone con esto mi desordenada vida?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aunque es cosa bien estraña que se hallen en medio del cristianismo algunos cristianos que hacen todo lo que pueden para no creer aquello mismo que temen; aun es mucho mas estraño que se encuentren no pocos que hacen ostencion de no temer aquello mismo que creen. ¿Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad? Rendirse el entendimiento á la ley, y revolverse el corazon contra sus preceptos; religion santa, y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irreprochable, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree. A la verdad es deplorable la suerte de los infieles; ¿pero el desorden de la mayor parte de los cristianos los promete mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia; no tener derecho á la eterna bienaventuranza; ¿pero será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? Ciertamente, ¿cual será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion de creer, ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿por cual de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿cual es mi fe? ¿y cuales mis costumbres? En fin, yo creo, porque me causaria horror el ser infiel; ¿pero vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¡y todavia peco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez está realmente presente en el sa-

cramento del altar; ¡y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es, y lo que vale una misa; ¿y con qué devocion, con qué ansia asisto á ella? ¡O Dios, y qué terrible efecto hace en el corazon de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo de esto en aquella fatal hora, que dentro de poco tiempo ha de decidir mi suerte eterna?

Créese que hay infierno, ¡y se peca! Aquella mujer profana, cuya conciencia es un caos, y que idolatra en el mundo, cree las verdades del Evangelio, ¿y cree que hay infierno?

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se burlan con la mayor insolencia de todo cuanto suena á devocion, que hacen chacota hasta del infierno mismo, ¿creen que hay infierno?

Aquella gente ociosa y haragana; aquellos ídólatras de la diversion, del regalo y del deleite, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una delicadeza gentilica, que solo tienen un baño, una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interés y á otras cien torpes pasiones; ¿todos estos creen que hay infierno?

Estremécese uno solo con la consideracion del infierno; ¡y con todo eso á vista de este mismo infierno peca! ¿Pero acaso no se creará esta terrible verdad? ¡Mas ah, que si se cree! Y si no, ¿por qué se clama tanto por el confesor á vista de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentilica con las máximas de la religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que se pase algun tiempo.

Amome mucho y no quiero condenarme; ¿pero vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo, y como vivo, ¿podré racionalmente esperar que me salvaré? ¿cuantos que meditan esto desesperarian de la salvacion de otro que viviese como ellos viven?

¡Ah mi Dios! ¡qué seria de mí! ¡cual suerte seria la mia si en este mismo punto hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe; mis costumbres contradicen mi religion. ¿Y me contentaré con solo considerar que seria digno de la mayor compasion si muriese en circunstancias en que yo mismo habia de ser el primero que me condenase, y que me hiciese justicia? Ah Señor, pues no quereis la muerte

del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

JACULATORIAS. — Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe. (*Marc. 9.*)

Señor, aumentadme la fe. (*Luc. 17.*)

PROPOSITOS.

1 Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazón estragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un herejearca, ó á algún hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se rinda de buena fe á las constituciones de los papas, ni á las decisiones de los concilios? Cree el hereje que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns.* (1. *Reg. 9.*) Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos aquellos que carecen de una fe humilde y sencilla; de todos los que adolecen de falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razón, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa silla apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oír, todos obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es señal, ó es incentivo del espíritu del error. Los de corta capacidad y corto espíritu son mas difíciles en sujetarse; de aquí nace que los semisabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad depoen sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto, y preven todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerga ó jerigonza.

2 Ejercítate entre día en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo

en la iglesia en el santo sacrificio de la misa, y durante los demás ejercicios espirituales de obligacion ó de devocion, sino en lo restante del día, y en medio de otras ocupaciones. El origen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la escitan y la avivan. Dí con aquel padre de quien habla el Evangelio: *Crede, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe: otras veces di con Marta: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti:* Si, Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que bajasteis al mundo á redimirle; ó en fin con los apóstoles: *Adauge nobis fidem:* Señor, aumentadnos la fe.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

SANTA CATALINA DE SENA, virgen, del orden de Santo Domingo, en Roma, esclarecida en santidad de vida y en milagros; fué canonizada por el papa Pio II. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARIANO, lector, y SANTIAGO, diácono, en Lambesa en Numidia; el primero, despues de haber padecido muchos trabajos en la persecucion de Decio, le prendieron segunda vez junto con su compañero, y ambos confesando á Jesucristo fueron primeramente atormentados con diversos y extraordinarios tormentos, durante los cuales fueron fortalecidos dos veces con revelaciones divinas, y en compañía de otros muchos fueron degollados.

SAN EUTROPIO, obispo y mártir, en Santonges, el cual fué consagrado obispo por el papa S. Clemente, y habiendo predicado el Evangelio en Francia mucho tiempo, por la confesion de la fe consumó el martirio, habiéndole machacado la cabeza. (Fué el primer obispo de dicha ciudad de Santonges, y aconteció su martirio, segun conjeturas, hácia los años del Señor 91, en tal día como hoy, imperando Domiciano. En Puigcerdá, villa del principado de Cataluña, tienen grande devocion á este Santo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMADOR, presbítero, PEDRO, monje, y LUIS, en Córdoba. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN LORENZO, presbítero, en Novara, y los niños que él educaba, los cuales fueron martirizados.

LOS SANTOS MÁRTIRES AFRODISIO, presbítero, y OTROS TREINTA, en Alejandria.

SAN MÁXIMO, mártir, en Efeso, el cual fué martirizado en la persecucion de Decio.

SANTA SOFIA, virgen y mártir, en Fermo de la marca de Ancona. (Esta Santa recibió la palma del martirio por su constancia en confesar á N. S. Jesucristo durante la persecucion de Diocleciano.)